

La Alameda a la luz de la luna (Noviembre de 1875)*

Es un festín de luz; se trata de una de esas noches magníficas que pueden señalarse como una equivocación del día, como un ensueño, y en que la claridad de la luna como que transforma, engalana y convierte en poéticos y en fantásticos cuantos objetos alumbra.

Estamos a la entrada de la Alameda y percibimos como un bosque de troncos y de ramas, entre cuyas hojas vacila la luz de la noche; reverberan en dispersión luminarias y hachones, que dejan flotar al viento sus rojas cabelleras y dan matiz de fuego a las figuras; cuelgan entre los árboles farolitos de colores y aparatos de gas que, oscilando al viento, forman bóveda debajo de las copas de los sauces y de los fresnos.

En hileras simétricas están colocadas en el suelo las vendedoras de buñuelos con el braserillo de ordenanza al frente, el canasto cubierto de blanco mantel y la propietaria afanosa, rechoncha y diestra, con su palillo en la mano, del que tiene suspendida la golosina que proclama acabada de confeccionar; tamales y chalupas; tortitas compuestas; chicha y tibico, frutas y pasteles.

Todos estos puestos tienen sus hachones al frente, y sus grupos de compradores en armonía con el tráfico.

* * Guillermo Prieto, *Fidel, F.*, "La Alameda a la luz de la luna (Noviembre de 1875)", publicado por primera vez en *Revista Universal* (14 de noviembre de 1875): 1, *apud* Guillermo Prieto, *Obras completas XX. Actualidades de la semana 2*, pres., comp. y notas de Boris Rosen Jélomer (México: Conaculta, Dirección General de Publicaciones, 1996), 581-588.

El padre de familia, moreno, fornido, de negra barba, de jorongo listado, de sombrero ancho con su nene en los brazos, que enarbola una charamusca como una tranca; la consorte delgada de cintura y pelo chino, de carita resabiosa y de modales impacientes...

El aprendiz, de sombrero a los ojos, con las niñas gazmoñas que quieren y no quieren; el ranchero franco con su costilla fresconota y de dentadura de perlas, con el rebozo medio derribado, haciendo de su mano mesa, mantel de una hoja de col, y festín común una montaña de tamales, objeto sabroso de la voracidad de una numerosa parentela.

Se levantan los ojos y se ven tres senderos, que cada uno presenta aspecto diferente.

Uno corre paralelo a *Corpus Christi*, donde se detiene brusco y sombrío, y es una amplia calzada de gigantes eucaliptos, de sauces y de fresnos que comienza por la fachada del Teatro de la Zarzuela, y corre descubriendo fondas perfectamente iluminadas, dulcerías con sus espejos, sus estatuas, su turrón y su plátano encaramado en levantadas gradas, y su rubro de Dulcería Francesa que brilla a los ojos de los niños.

Rematan esa calzada dos verdaderos salones de recreo que, como toda ella, dan su frente a los árboles y plantas, a los arbustos y macizos de flores del interior de la Alameda.

Uno de estos salones o cafés tiene a su frente elegante cantina; lo decoran espejos y cuadros de buen gusto; flotan

de sus arcos elevados, cortinajes de gasa profusa, y en medio de la concurrencia inmensa que goza de la música *ad hoc*, para su recreo, atraviesan sirviendo chicas despabiladas, de castañas y *puff*, de túnicos de percal, que siguen estrictamente la moda: maneras afables, sonrisas oportunas y determinada compostura, que mucho halaga y que comunica novedad al espectáculo.

Los ecos de la música, y los cantos y las palmadas del teatro, los voceos de las vendimias, las músicas de cuerda de las fondas y cafés, el gentío que va y viene, los coches que forman orla en la parte exterior y los organillos salpicados aquí y allá, lanzando al viento las carcajadas de Offenbach o las notas provocativas de *La fille de madame Angot*, dan a esta parte del cuadro singular animación.

El otro de los caminos que se percibe es más sombrío: hay también sus lujosos jacalones de fondas y dulcerías, pero la concurrencia se agrupa en las sombras, quedan claros de suelo en que se pinta el ramaje y en que la luna se desliza con su claridad apacible. Ese camino, que es el del frente del Mirador de la Alameda, se anima por intervalos y decae; lo frecuentan las parejas melancólicas, niños golosos, misántropos paseantes que encuentran al bullicio infantil frente a la Mariscala y la Santa Veracruz, en que están colocados los puestos de los alfeñiques.

Aquel es un homenaje a los recuerdos, “el alfeñique se va”; en vano el azúcar dócil nos recuerda en calaveras y

canillas el último fin; en vano puede hacerse un curso de historia natural en los cerdos, caballos, venados y mastines de todas las razas; en vano la filigrana ha realizado sus milagros en jarras y jarrones; en vano la jalea tiembla y el turrón provoca, y el pantle de plátano seduce; la succulenta vaca, la torita, el fiambre, han destronado tanta hermosura, el positivismo triunfa, ¿qué le vamos a hacer?

Lo descrito hasta aquí son positivamente los accesorios.

Vamos a penetrar al centro en esa ancha vía tapizada de menuda arena, bajo esos gigantescos árboles por entre cuyo toldo de hojas trémulas se percibe un éter blanquísimo y luminoso, el cielo tachonado de estrellas y luceros; vamos a que nos embriaguen los jardines, que se revelan por sus aromas tras las crujías de los troncos de los árboles; vamos no a percibir, pero sí a adivinar entre la claridad dudosa, el floripondio y el mirto, la mimosa y la retama melancólica.

Ese tumulto de luces que se columpian en farolillos, se fijan tras de los cristales y reverberan adheridas a los árboles, son por sí un espectáculo, aéreo, fantástico y seductor; la luz no es uno, son varios acontecimientos en sus mil caprichosas manifestaciones; lucha artificial por el gas, natural por la luna, en la pradera, en el suelo y sobre la fisonomía humana.

Y bajo todos estos encantos, y con todos estos matices, corre como río caudaloso en ancho cauce el concurso inmenso.

Se confunden y se precipitan en ese oleaje la seda y las blondas, los abrigos de cachemir y de felpa, los *cache-nez* y bufandas y el jorongo, el rebozo y el tápalo modesto.

Las fisonomías, mucho más variadas que trajes y adornos, animan de un modo especial el espectáculo. Seductoras sirenas envueltas en sedas y encajes, de cuellos de alabastro y ojos de gacela, sonriendo enamoradas, al lado de hembras como tapones de botella obtusos, agobiados bajo el peso de una castaña morrión como una catedral; regia matrona embozada en romanesco burnus, con una boneta coronada que recuerda una de las creaciones apasionadas de Lord Byron, al lado de esa murralla humana de chatas, chaparrones, felpudas y desgarradas, con las mejillas enharinadas y los ruedos oscuros de los ojos, que las hacen espantables.

Elegantes foráneos de paletó blanco y bastoncillo ligero, peinado esmerado, mascada al cuello y pipa de ámbar, que dicen a gritos: soy diputado y están muy en corriente las quincenas.

Exhumaciones antediluvianas con todos los anacronismos de la moda, pero con todos los encantos de la juventud.

Jóvenes imberbes que acuchillan reputaciones, escupen en la rueda de la política, se emboscan para herir y se sueñan que los juzgan como revolucionarios y como políticos, y que

sólo se los juzga como borrachitos, como los secuaces de Zendejas, el de la policía.

Y en lo alto, otro conjunto de sorbetes y gorros, y cataratas de flores descendiendo de los peinados piramidales.

A los lados de esta avenida extensa estaban colocadas dilatadísimas hileras de sillas ocupadas por la concurrencia más selecta, más elegante y vistosa que puede verse.

Allí los cotorrones comodines, allí las damas desengañadas, allí los párvulos a medio dormirse al arrimo maternal.

A la entrada, del lado derecho de la calzada, uno o dos cilindros contumaces llaman a la concurrencia a dos panoramas, uno de ellos universal, como la moral del proyecto de instrucción pública.

Del lado izquierdo, en extensa pradera cubierta de verde musgo, entre arbustos y flores, en los claros que dejan los troncos de gigantescos árboles de tupidos ramajes, se extiende el Café Universal. Los pabellones de todas las naciones flotan de las ramas de los árboles. El café es al aire libre, por techo el cielo, por alfombra el césped.

Se ven en aparente desorden colocadas las mesillas del servicio, rodeadas de elegante sillería de bejuco.

Al fondo está la cantina con su espléndida portada de botellas, su mostrador, sus charolas, sus copas y vasos, y sus aparatos de cristal para el servicio del agua de Seltz.

Muchos criados, vestidos de paño negro con sus blancos delantales, acuden al llamamiento de los marchantes. Cada mesita forma un grupo interesante: ya es el padre de familia complaciente con su prole, ya cócoras que mandan destapar botellas y hacen que se les sirvan cocteles con amargos, ya parejas que se concentran en gozar de la concurrencia haciendo un retrete de amor el abrigo de un árbol, ya el solterón taciturno que se consuela de su aislamiento espionando desde su asiento a una polluela deliciosa, y hace sus confidencias sensuales a una copa de coñac.

En el centro de este café a la intemperie, pero que se ve precioso y anima el cuadro de un modo especial, está la música, que la componen arpas, violines y flautas que tienen encantados a los bebedores y golosos, y atrae a multitud de gente pobre que se detiene contra el valladar de morrillos pintados que cierran el pradito y son el límite del café.

Al frente está la glorieta principal; a lo lejos, a la izquierda, el Café Arabesco, con sus arcos luminosos en que flota la gasa color de púrpura; a la derecha la elegante fachada del Teatro de Novedades, con sus faroles en que están pintados polichinelas grotescos y sus cantinas animadas en el pórtico.

Junto a los asientos de piedra hay hileras de sillas, lo mismo que alrededor de la fuente: los chicos gritan y juegan a la luz de la luna en las calzaditas vecinas; la

concurrancia es magnífica en aquel gran salón implantado a la orilla de la fuente y bajo los árboles.

La claridad de la luna cae de lleno y vence a la luz artificial, reflejándose en las aguas, en competencia con los reflejos de la llama.

Allí la elegancia se despliega imperiosa: chales espléndidos, sedas de China cayendo sobre los hombros de las matronas; tocados como aureolas, sembrados de flores y de plumas; bufandas enlazando con sus brazos cuellos de nieve; y como está la concurrancia tan agrupada, el saludo, es casi caricia; el adiós, casi el beso.

Los niños y las niñas primorosamente vestidos, caracoleando, saltando, riendo y pidiendo frente a sus papás y sus mamás, da yo no sé qué aire de familia, y qué de los encantos de la intimidad a este paseo.

Entramos un momento al Teatro de Novedades, propiedad de un carpintero amigo nuestro, honradísimo e inteligente, como muy pocos, en su ejercicio.

El Teatrito de Novedades es hijo en su estructura de una improvisación feliz del hábil ingeniero Magaña. Es una verdadera joya arquitectónica el teatro. Su forma semicircular, sus palcos bien compartidos, su palco escénico amplio y capaz.

Dirige la compañía Gerardo López del Castillo y, al anunciarlo, damos a entender que se trata de un cuadro inteligente y empeñoso por complacer al público.

Representábase con mucha propiedad una piececilla ligera, a la que asistía un auditorio no muy numeroso, pero elegante. El conjunto que presenta ese teatro es alegre: está perfectamente iluminado; su sencillo adorno de blanco y oro lo hace muy simpático. Creemos que el público acudirá benévolo a las subsecuentes representaciones.

Salimos de aquel teatro arrebatados por la corriente impetuosa que corría a la glorieta principal.

Era un mar de gente aquella glorieta central. Su amplio círculo, que puede contener más de dos mil personas, hacía olas en las que sobrenadaban gorros y sorbetes, sombreros tendidos y cachuchas, y dominaba uno que otro párvulo despavorido sosteniéndose en los brazos paternos, a la altura de los cajones de dulces y bizcochos que parecían, en la altura, también salvarse de un naufragio.

La glorieta está formada por bancos de piedra, en secciones de círculo. De cada una de esas secciones se desprendía, con el intervalo de un pasadizo más o menos extenso, una hilera de sillas hasta tocar en el centro que ocupa la fuente.

Pero la fuente ha desaparecido; la cubre un tablado con su balaustrado elegante, en que la numerosa orquesta se sitúa dominante, con sus chinescos y fagots, sus retorcidas trompas y sus tamboras voluminosas.

Multitud de farolas de gas alumbran en círculos deslumbradores aquel recinto.

La luz intensa del lugar y los hachones de las vendimias producen un efecto singular.

Los árboles están como sobre un lienzo; se ve como la decoración de un teatro; los troncos y las ramas se aplanan; las hojas de los árboles tienen una completa inmovilidad. Las vistas son como de un magnífico escenario sobre lienzo inmóvil. La alucinación es completa.

Cuando por un intersticio de los árboles penetra la vista fuera del círculo de fuego, entonces el cielo puro y las nubes blancas, plateadas por la luna y sembradas de estrellas, se pierde en otro encanto la fascinación óptica.

La orquesta numerosísima ha dejado satisfechos a los más elegantes filarmónicos; ¡qué sagaz elección, cuánto estudio, cuánta inteligencia de aquellos consumados profesores!

Cuando el gentío, la luz, los mil ecos, los cantos lejanos, el berrear de los órganos, las vibraciones de las arpas y la alharaca de bandolones y de flautas lo permitían, entonces, como en lo alto, como una aspiración al divino ideal del sentimiento, se arrobaba el espíritu con el sollozar de *Lucía*, con los quejidos de dolor de *La Traviata*, con el éxtasis casi religioso de la música alemana; con las chispas de incendiadora pasión desprendidas de las inspiraciones de Strauss, con el requiebro enamorado del vals de Lecocq en su segundo acto de *La fille*, vals que sorprendió el instante en

que el ángel se hace mujer, para delicia de la especie humana.

Se evapora entre los rayos de la luna el hechizo mágico cuando queda en silencio la orquesta, y entonces aquellas vallas de hombres se desgajan, aquellas pirámides de cabezas se deshacen; aquellos mares petrificados se tornan en mil corrientes que se escurren, ávidas, en distintas direcciones.

Entretanto, la parte occidental de la Alameda, con su luna apacible, con sus árboles y flores, convida al retraimiento discreto, finge que alumbrá tal cual luz oficial en su farol aislado, y la fuente quejosa exhala entre el misterio sus dulces notas, música de los corazones tristes o de las almas egoístas que envuelven en las sombras sus confidencias encantadoras.

En un extremo de ese cuadro se realiza la imponente mole del gran Palacio de la Exposición, dejándose entrever como una promesa de nuevos y más variados placeres.

Después de un ligero rodeo, nos encontramos en nuestro punto de partida. Es decir, casi a la entrada del Teatro de la Zarzuela, que en aquellos momentos estaba rebosando de gente.

El Teatro de la Zarzuela tiene entrada incómoda, las escaleras que conducen a los palcos fungen de patíbulo para los gordos y atacan la moral universal con los espectáculos que pudieran presentar.

El Teatro es amplio, alegre y contiene numerosa y selecta concurrencia: talmas, abrigos, fígaros, burato, terciopelo, seda, algodón y lana se mezclan, sin confundirse, en los más caprichosos matices.

Los dependientes de este teatro se hacen notables por sus maneras y su deseo de agradar.

Poyo, el ingenioso Poyo, el inteligente y honrado Poyo, es el alma de ese espectáculo. Tiene rienda suelta allí la alegría, sin más que el límite de la decencia, se deja correr la gracia hasta donde no choca con las conveniencias de la buena sociedad. Teatrillo primoroso; se había representado *El juicio final* y *Caritina*, contoneándose y picaresca, había desparramado su sal.

En los momentos que penetramos al salón todo estaba silencioso; la concurrencia, con los ojos levantados al techo, veía alguna cosa con singular ansiedad.

Era una interesante hija del norte que dejaba flotar su cabellera rubia y hacía gala de sus formas divinas en el trapecio bárbaro.

Era más que el recuerdo, la suplantación del vuelo, era algo del ángel y de la víbora, del águila y del reptil caprichoso. Era la alucinación del imposible, era lo etéreo convertido en realidad vertiginosa.

La Eva de Milton contemplándose enamorada en los cristales del arroyo, no aparecía más bella; su seno palpitante preso en su cárcel de seda. Su enaguilla con fleco de plata

que ceñía con ráfagas de luz su cintura, su apostura toda sobrepuja en gentileza a lo que podría decir.

Su compañero, esbelto y robusto, ocupaba otro trapecio; allá en los aires, la pareja columpiándose se enlazaba; la mujer sostenía en sus brazos al mancebo; de pronto lo empuja, lo derriba y cae como despeñándose al abismo, quedando colgado de sus pies.

La mujer desaparecía; era una lucha de monstruos que se retorcían, colgaban, daban vueltas, enmarañaban sus formas, las contraían y las desdoblaban, precipitándose en el espacio.

La música lanzaba sus irritantes notas sobre aquella metamorfosis inverosímil; el público sufría, era un placer salvaje que se parecía al martirio, y cuando la joven radiante recibía una ovación en las tablas, nosotros no pudimos rendirnos a los encantos de la hermosa que había abdicado orgullosa a su sexo, cediendo a la pujanza del atleta.

Dominaba, al verla, el miedo de que le apretase a uno la mano...

Las 11 de la noche sonaban los relojes, con el acompañamiento de estilo de los silbatos de los serenos.

Al retirarnos, en una pieza bien iluminada y mal cubierta por una cortina, una cabeza suspendida en los aires con total independencia del cuerpo, nos pareció que nos llamaba... Y aceleramos el paso para que no acabase nuestro primer cuadro con una pesadilla.

Fidel

Nota: La iniciativa y realización del feliz pensamiento de trasladar a la Alameda el paseo de Todos Santos, se debe al buen gusto, inteligencia y actividad del señor licenciado don Manuel Romero Rubio.

F.